

DOMINGO IX TIEMPO ORDINARIO. LA SANTÍSIMA TRINIDAD

san Juan 3, 16-18

La intimidad de Dios

Todos sentimos cierto reparo en mostrar nuestra intimidad. Es lógico. Hay un pudor connatural, que nos acompaña siempre, y que ha de respetarse, pues cada ser humano tiene el derecho (y el deber) de protegerla. Para algunos, sin embargo, esto puede sonarles a “chino”, ya que van imponiéndose en nuestros ambientes otros “talantes” que muestran las vergüenzas del prójimo (físicas y morales) sin medida alguna ... ¡y así nos va! Da la impresión de haber violado el carácter sagrado que hay en todo hombre, lo que, precisamente, le hace asemejarse a su Creador. Esa dignidad, cuando es violentada, queda ensombrecida o aniquilada en el fango de la indiferencia y del más puro relativismo.

“La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo esté siempre con todos vosotros”. Hoy celebramos una gran fiesta en la Iglesia: la Santísima Trinidad. ¡Qué distinta es la pedagogía de Dios respecto al comportamiento del hombre! Mientras que éste, en un abrir y cerrar de ojos, puede echar por tierra su propia dignidad, Dios “ha necesitado” de miles de años para dar a conocer su intimidad. Si leemos con atención algunos libros del Antiguo Testamento, iremos descubriendo algunas pistas que nos hablan de lo más íntimo de Él. Así, al comienzo del Génesis, se nos presenta ese Espíritu (“Ruah”), que aleteaba sobre la creación, como dando su conformidad a lo que Dios había realizado. Posteriormente, tres personajes “extranjeros” se presentan ante Abraham para profetizarle que iba a tener descendencia... y así, una tras otra, las comparencias de Dios, dando a conocer quién es, van dejando unas huellas precisas, que culminan en la manifestación del Mesías, el Verbo Encarnado, el Hijo de Dios, segunda persona de la Santísima Trinidad.

“Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna”. Siempre se nos ha dicho que el misterio trinitario de Dios (una sola esencia y tres personas) era de los más arduos y difíciles para la comprensión humana. Sin embargo, Jesucristo nos lo ha hecho mucho más fácil. Para ello, sólo ha empleado el lenguaje del amor. Tú y yo no somos otra cosa, sino el fruto del amor de Dios. Algo que, aparentemente, pudiera resultar tan sencillo como es hablar del amor, se convierte en un verdadero misterio (o más bien en escándalo o necedad) cuando vemos a ese Hijo de Dios clavado en una Cruz. Esa fue la entrega que hizo Dios Padre a todos los hombres, que aceptó voluntariamente el Hijo, y que propició la llegada del Espíritu Santo, Señor y dador de Vida, para nuestra santificación personal.

Aprendamos de La Virgen a decir “sí” a Dios, y pocas cosas (por no decir ninguna) nos harán falta entonces... Hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo, Esposa de Dios Espíritu Santo, Templo y Sagrario de la Santísima Trinidad.